

El Semanario
Semanario de los Intereses Regionales

HEMERA
L. E. O. S.

AÑO I Núm. 12

EL LIBERAL

Vélez-Rubio, abril 19 de 1917

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En esta, un mes. 0.50 pesetas
Demás pueblos del distrito. 0.55 "
Provincias, el trimestre. 1.75 "
Extranjero. 2.50 "
PAGO ADELANTADO
Redacción y Administración: SOTO, 17
No se devuelven los originales

TARIFA DE ANUNCIOS
en cuarta plana
La plana, un mes. 12 pesetas
Media id. 7 "
Un cuarto id. 4 "
" octavo id. 2.25 "
" dieciséisavo. 1.25 "
Esquelas de defunción, reclamos, sueltos, comunicados, etc., precios convencionales.

Semanario defensor de los intereses regionales

LA VERDAD SE ESCLARECE

SOBRE UNA VIEJA CAMPAÑA

Parece ser que la justicia y la verdad, cada cual por sus pasos, empiezan a dirigir la saetas de sus flechas hacia el blanco de nuestras justificadas aspiraciones. Es hoy otro Colegio el que surge llamando nuestra atención, el que por falta de razón para afirmar sus tantas veces dicha verdad, lo veremos derrocar, lo creemos, siquiera para esta aseveración no tengamos más conciencia que la propia de la razón.

Todos, o la mayor parte de nuestros lectores recordarán que este asunto no es la primera vez que se traduce a las columnas de un periódico. No; más y más números se ocuparon de ello, no sabemos si con aquiescencia de nuestros lectores, o si cansados por ello el asunto perdió el buscado interés que aquel periódico entonces pretendía.

Se trata hoy, pues, de recordar a la opinión, que la campaña seguida hace algunos meses por el semanario local «La Evolución», cuando afirmaba aquél que la Comisión examinadora del Instituto de Almería no giraría ya más viajes de exámenes a este Colegio ilegalmente incorporado de Ntra. Sra. del Rosario, no era una quimera, una mala intención, no; es que la Justicia y la Verdad se franquearían el paso, y han tenido que lucir su triunfo, vestir el cierto ropaje de la verdad con todo el lucimiento, con toda la gallardía con que debe ostentar la razón sus atavíos.

Hoy también la opinión apreciará las dos tan diversas formas que tuvieron de tratar este asunto los dos Colegios disputantes. El del Carmen, en calidad de denunciante formulaba patentes acusaciones que reforzaba con propios textos legales; el denunciado del Rosario, valido de su ya desmembrado apoyo, imperaba en sus sinrazones, no opuso jamás a la verdad de aquella fundamentada y justa campaña, ni una razón de peso, ni un texto legal siquiera.

Pasan los días, hasta los meses, y en la conciencia honrada de los altos Poderes surge la reflexión a este asunto, y estudia, ve e aprecia que no es justa ni legal aquella incorporación, que aquella tenaz campaña contra el Colegio de N. S. del Rosario estaba dentro de la verdad y la razón, tanto mayor, cuanto con aquellas muestras de aparente incorporación dañaba los sagrados intereses privados del Colegio denunciante, y entonces acuerda, en principio, negarles la visita de la Comisión, examinadora para después hacer lo que proceda, que en la sana opinión será anularles la incorporación, acaso proceder a su clausura y hasta exigir responsabilidades a los causantes de aquello; pero esto ya irá viniendo, y no queremos adelantar juicios; únicamente sí, que cuando de esto hemos hablado fué asistiéndonos por completo la razón.

CRÓNICA

La mujer de la calle

Hay, sí, por fortuna excelentes mujeres de su casa; mujeres cuya vida está consagrada a velar por la prosperidad familiar; mujeres que tienen su casa como una tacita de plata y llevan sus hijos como unos pin-

celes; mujeres que «de un duro hacen dos» y cuyas manos siempre activas, crean y conservan en el hogar la paz y el bienestar de los suyos.

Esas mujeres que realizan el ideal de la «perfecta casada», son las que, a fuerza de dulzura y de abnegación, saben inculcar a sus esposos la idea de que en ninguna parte han de encontrarse mejor que en su casa; son las que con su sabia economía administran la hacienda; las que en vida son amadas por sus maridos y adoradas por sus hijos, y en muerte reverenciadas como santas...

En cambio hay otras...

Salid por esas calles. Vedla, allá va, pisando menudo... ¡Con qué donaire zarandea su falda, dejando ver los pies primorosamente calzados! ¡Qué elegante su atavío! ¡Qué arrogante su postura! Todo en ella es de buen gusto; la gorra con airosa pluma, toca su cabeza; el bolso que cuelga de su muñeca; los guantes que se ajustan a sus manos delicadas... ¿A dónde va? Ni ella misma lo sabe. Salió de casa como sale todas las mañanas; porque la calle la atrae, porque desea ver y ser vista. Se levantó a media mañana y pasó dos horas largas en el tocador, confió a una zafra criada el aseo de sus hijos y los envió al colegio, no tanto para que aprendan como para verse libre de ellos, y al dar las doce, perfumada y perfumada, embellecida con untos y afeites hábilmente empleados, lánzase gozosa a la calle, y curioseando tiendas, oyendo piropos de todos colores de los Tenorios callejeros, mirándose de reojo en las lunas de los escaparates, consume dos largas horas, hurtándolas a los quehaceres domésticos.

Vuelve a su casa. Todo está en ella manga por hombro. En los muebles, cubiertos de polvo, puede escribirse una larga epístola al desaseo. En el despacho del marido no ha entrado la escoba. Las camas están todavía sin hacer. En la cocina huele a quemado.

Encárase la señora andariega con la criada: —¿Qué desorden es aquél? —No ha de faltar un momento de su casa. La Menegilda contesta con mal modo: —Ella no puede hacer más; nadie la ayuda... Tuvo que llevar la niña al colegio, hacer la compra, encender la lumbre, preparar el almuerzo... ¡Ni que fuese una negra!

Llega el marido a punto de recrearse con el ameno diálogo que sostienen la señora y la criada:

—Viene cansado de largas horas de trabajo. Quizás ha tenido que soportar el mal humor de jefes desconsiderados... Pero, ya está en su casita, ya podrá descansar. —Descansar! ¿Que si quieres! Su mujer, a quien han sacado de fondo las insolencias de la fregona, está que arde. En vano el marido quiere contentarla... Aventura quizás una caricia... —Déjame en paz!... ¡para fiestas estoy yo!... El almuerzo es un bodrio indecente; el mantel está sucio; el vino por haberlo echado en una botella mal fregada, sabe a demonios...

Como para desengrasar, suena un campanillazo... Con suma delectación, la criada presenta al «señorito» una cuenta de trapos y perifollos. Es la tercera en el mes de tales superfluos... No es posible pagarla... —Di que vuelvan! La criada sonríe. En el recibimiento se oye una voz áspera, voz de acreedor impaciente... Al fin suena un portazo...

El marido se queja y con razón. Lo que

gana, echando los hígados, no le alcanza... En su casa no hay economía, ni orden, ni arreglo... Protestas furiosas de ella, gritos de él, frases gordas de ambos.

—¡Aquí no se puede vivir!—exclama por último el marido, y sale de su casa echando venablos y renegando del día en que le echaron las bendiciones...

Tras la tempestad viene la calma. Después del disgusto que acaba de pasar, la pobre señora no está para nada. Lo mejor será tomar un poco de aire, distraerse, hacer alguna visita. Y vuelta al tocador, y vengan mano de gato, y nuevos atavíos, que aún no se han pagado...

¡Oh, las hermosas tardes del otoño madrileño! ¡Qué ruidosa alegría en las calles! Qué de desocupados en las aceras de la de Alcalá!... Cuando pasa por ella una mujer de airoso talle y buen palmito, surgen en su oído más flores que tiene un jardín en primavera. La señora de mi cuento, que, como dejo dicho, es guapa, y airosa, y se mueve con esa gentileza propia de las mujeres madrileñas, ha olvidada sus contrariedades domésticas. Siéntese halagada en su vanidad y satisfecha de sí misma. Al oír la reír en casa de su amiga, otra que tal baila (a quien ha ido a visitar), charlando de modas o de diversiones, ¿quién podría sospechar que aquella que ahora charla, gozosamente, por los codos, es la misma mujer áspera y desabrida que dos horas antes ponía de oro y azul a su señor marido? Las dos amigas deciden irse al cine o al vermouth de este o el otro teatro. Son ya las nueve de la noche cuando termina la función. Forzoso es regresar a casa... Campanillazo... No contestan. Segundo campanillazo. La criada abre la puerta...

—¿Está usted sorda?
—No he podido venir antes.
—Estaría usted hablando por la ventana con el criado del segundo...
—Estaba en la alcoba con la niña.
—¿Que está mala? Hable usted... ¡Hija mía! La niña en efecto, ha venido enferma del colegio. Le arden la cabeza y las manos.
—¿Y por qué no ha llamado usted al médico?
—¡Pobrecita mía! ¿que te pasa?
—¿Cómo quería usted que la dejara sola? ¡Si usted hubiera estado aquí!
La señora siente allá en el fondo de su ser algo muy amargo.
—Corra usted, avise al doctor. Y el señorito ¿no ha venido aún?
—No señora. Un ordenanza del casino ha traído esta carta...
«No me esperes; esta noche cenó con unos amigos; irá tarde. De este modo nos evitaremos escenas como la de esta mañana».

Creará el lector que la señora de mi relato se ha curado de sus aficiones callejeras... No hay tal cosa. Su hija tardó poco en ponerse buena, y ella, pasado el susto volvió a las andadas.

Vedla; guapa, elegante, perfumada, luciendo su gentileza por las calles de Madrid, oyendo piropos felices y sonrientes... en tanto que su casa sigue siendo para su marido y para ella misma un lugar odioso y desahuciable, donde, como en la cárcel en que engendró el Quijote, toda incomodidad tiene su asiento y todo ruido desagradable su habitación.

ZEDA

Se admiten anuncios

DE HIGIENE SOCIAL

La opinión pública y la conciencia periodística

Leo con mucha frecuencia en la prensa madrileña de todos matices, los doloridos lamentos que muy ilustres plumas exhalan viendo la general atonía de la opinión pública, de la España toda, ante momentos decisivos y críticos, mas que suficientes para obrar como excitantes, pero que de nada sirven ni a nada mueven ante la cubierta paquidémica que viste la profusa individualidad estúpidamente egoísta.

Hoy, exclaman, España sólo vive de sus añejas glorias; solo el pasado nutre su fantasía, a semejanza de esas familias zoológicas hibernantes, que una parte de sus vidas se alimentan de las reservas orgánicas acumuladas en época de actividad...

No podía sustraerse de la horrorosa plaga éste escondido paraje mitad andaluz mitad levantino. Qué digo sustraerse; está tan contagiado nuestro pueblo—más de una vez lo he repetido—, que alcanza el mínimo depresión moral.

Jesucristo predicando sus santas doctrinas en los momentos actuales, casi llegó a creer que hace el ridículo; ni un prosélito hubiese encontrado. ¡Tan grande es el relajamiento!

Nada le importa a nadie; todo carece de interés para estos habitantes. Oid siempre su máxima razón de quietismo: «Un Redentor hubo y lo crucificaron». Pero si acaso hay alguien que movido de altruismo tiene la «locura» de emprender una lucha de noble finalidad, de beneficio general, ¡qué pocos serán los aplausos que escuche!; ¡qué reducido el número de los que le auxilian o lo alienten! En cambio, sí, será muy intenso el rumor de acerba crítica contra el «loco» que tal cosa pretenda.

—«¿Qué ganas—te dirán—con esa empresa? ¿Qué beneficios te produce «eso»? Y «eso», la empresa que te propones, llevando la finalidad de arrancar de manos sin conciencia al gobierno de algo que es de todos, que a todos interesa; a ellos, a la opinión pública, le parece una risible quijotada».

¿Qué cabe hacer—se pregunta uno mismo—ante tan grande degeneración moral? Si tienes el valor cívico de desenmascarar un ídolo, un fanteche, y lo presentas al público descubiertas las nefíticas lacras de su cuerpo, hasta se rebelan contra ti, en vez de lanzar sus salibazos de indignación contra el farsario que los estuvo engañando y explotando.

Sólo la honrada conciencia, la íntima satisfacción del deber cumplido es capaz de dar alientos para mantenerse en un ambiente de podredumbre ética tan extendida y profundamente infiltrada.

MYLL

Estudio minero

La prueba más patente de la importancia que tienen en esta región los diversos yacimientos metalíferos nos la está dando las frecuentes visitas que encaminadas a esta clase de estudios están girando importantes compañías mineras.

Hoy es un competente e ilustrado Ingeniero belga quien a requerimiento del dueño de una de estas importantes minas, Sr. García López, viene a hacer un análisis detenido de la próxima del cerro de las Animas. Terminado su estudio en esta pasará a hacer un detenido reconocimiento de la recientemente descubierta en Vélez-Blanco de carbón de piedra, y que según anteriores informes ofrece ventajosos resultados.

Si de este último examen se diera informe ventajoso, tanto la de plomo argentífero del Cerro de las Animas, como la de carbón de Vélez-Blanco, ofrecen a estos pueblos, en breve plazo, aumentar la actividad obrera.